

Montserrat Arévalo
La búsqueda del silencio

—Maestro, maestro, bienvenido, adelante.

—Buenos días, Mario —respondió asomándose a la puerta con una cálida sonrisa—; hoy el puesto de maestro es tuyo, me puedes y debes tutear —concluyó cerrando la puerta ligeramente tras de sí.

Se sentó frente a su alumno, apoyado éste sobre su querido escritorio victoriano de madera maciza color nogal, separados por el vetusto ejemplar.

— ¡Vaya, qué distinto se ve todo desde aquí! puedo apreciar mejor el campus: sus jardines, aparcamiento; incluso descubro a mis alumnos en la cafetería tomando café antes de mis clases de filosofía— celebró con su risa espontánea.

Mario le acompañó con una risita cómplice y, tras una pausa de rigor, intervino:

—Lo primero gracias, Luis, por dejarme tu despacho y dedicarme tu tiempo. Sé que eres un hombre muy ocupado, y este gesto es uno más de tantos que admiro de ti. Por cierto, ¿cómo llevas tu último libro? Entre las clases, la cátedra y la asociación de alumnos, no sé cómo lo haces para seguir publicando y mucho menos estar hoy aquí. De verdad, ¡gracias!

—No hay que darlas; te he contado alguna vez, Mario, que siempre tengo un cuaderno donde anoto lo que voy pensando, pero no lo hago a diario; no todos los días suceden cosas dignas de ser anotadas. Escribo a base de ser “minero de mí mismo” ¡Siempre hay mucho dónde escavar, como hoy seguramente!...Procedamos pues a lo importante, lo que ahora nos ocupa. Yo soy el alumno, y tú mi asesor filosófico. ¿Es a lo que te quieras dedicar, verdad?

—Así es, quiero guiar a las personas a identificar su propia filosofía de vida, aplicando todo lo que sé de una forma más práctica.

— ¡Gran decisión la tuya! Pregúntame todo lo que quieras, haré lo que pueda. Mario dirigió ambas manos hacia su barbilla, señal de estar preparado para el ansiado momento.

—Me gustaría saber, Maestro... perdón, Luis, ¿cómo reconducir u orientar por el camino más idóneo a cada persona?

—Eso, querido Mario, yo diría que es más una cuestión de sentir, y de vivir, que de entendimiento. Mi consejo es que respires y habites esa otra piel que te pide ayuda, desde el silencio y mucha, mucha observación.

Ambos continuaron largo rato parafraseando a filósofos, teorías y doctrinas, conectando preguntas y respuestas clarificadoras en un debate estimulante, como era ya habitual en sus encuentros. Concluyendo este capítulo con unas efusivas gracias por parte del alumno.

—Luis, disculpa, una cuestión más personal: ¿podrías hablarme de alguna vez en la que no has sabido qué decisión tomar?, debido quizás a que ambas elecciones eran igual de relevantes para ti.

El profesor se mesó suavemente la barba, tomándose unos minutos, respondió:

— Sí, últimamente me encuentro en esa disyuntiva. Como ya sabes, mi padre falleció hace tres meses—aprovechó para beber un vaso de agua, y volver a la serenidad acostumbrada.

— ¡Una gran pérdida! ¡Lo siento!

— Gracias...Mi madre no está bien, me necesita desde el silencio; sin expresar su deseo, ni pedirme ni exigirme nada. Sé que mi deber es para con ella, y a la vez pesa mi compromiso con la cátedra, alumnos, y mi nuevo libro, de ahí que en estos

momentos tan cruciales, esté donde esté, no me siento en paz. Mi padre ha sido nuestra brújula, y la vida es una navegación difícil sin él.

— ¡Vaya Luis, para ser mi primer cliente, me has presentado un dilema de dos pilares básicos! Como bien sabrás, no hay un sistema ético universal en el que apoyarse de forma irrefutable que resuelva cuál de las acciones es más o menos moral.

El profesor aprobó la réplica de uno de sus alumnos más aventajados, y le dejó proseguir.

—Si nos basamos en el utilitarismo: el mayor bien es el que se lleva a cabo para la mayoría, por lo tanto, emplear mucho más tiempo al servicio de los demás, no debería acarrearte cargo de conciencia por el hecho de que no puedes ver a tu madre tanto como tú quisieras. Sin embargo, esta afirmación hace aguas, ya que a veces la mayor felicidad para muchos, puede provocar un perjuicio en una minoría, o incluso uno mismo.

—Cierto, y si me apoyo además en la filosofía Ahimsā o del no daño, (doctrina del hinduismo, budismo y jainismo), que consiste en actuar no causando dolor a través de los pensamientos, palabras o acciones a los seres especialmente más sensibles; llego a la disonancia existencial donde me encuentro, es decir, a mis sentimientos confusos.

—Una cuestión más simple, Luis: le has preguntado abiertamente: ¿Qué es lo que realmente quiere o necesita en estos momentos?

Luis asintió. —Como decía Kant, “Los hijos no son de nuestra propiedad” Añado yo: los padres tampoco. Y a tu pregunta: sí, constantemente y ella me responde “que se apaña con sus planes, maravillosas amistades, vecinas, etc.” Aun así, aplacé un par de conferencias para estar los dos últimos sábados con ella.

—¿Y cómo reacciona tu madre?

—Al principio se enfada, y finalmente agradece que pasemos el día juntos. Soy su único hijo; mi mujer, con la que se lleva bastante bien; se marchó seis meses a Washington a dar clases de literatura y pasarlos cerca de mi hija ¡Todo ha surgido a la vez!

—¡Como suele ocurrir!... Por cierto, ¿cuántos años tiene tu madre?

—Setenta y dos.

—Se me ocurre que... ¿no has pensado que asista a alguna de tus clases de filosofía? Cambiar un poco de ambiente; el aire desenfadado universitario puede que le siente bien, además de compartir la vivencia contigo.

—La verdad, no se me había ocurrido, es una buena idea, aunque ella lo de coger el transporte público... no tiene carnet de conducir; otra opción sería ir a buscarla y madrugar un poco más...

—Por supuesto, yo también me ofrezco a llevarla y traerla. Creo que podría cuadrar algunos días que estoy libre.

—¡Gracias! ¡Este ejemplo es, precisamente Mario a lo que me refiero!, abordar el tema metiéndote en la piel, asesorando a la persona con el enfoque más adecuado, recomendar si lo ves necesario alguna lectura para encontrar respuestas en miles de años de sabiduría que nos preceden.

—Reconozco, Luis, que el aprender de ti, y seguir escuchando tus consejos ayuda. Una duda: ¿el dilema que acabas de plantear lo pensaste como ejemplo para hoy?

—No, no era mi intención hablar de ello; al pararme a buscar una respuesta a tu pregunta pensé en mi madre; imaginé la escena y un posible resultado... Lo cierto es que llevo meses sin saber apenas de ella.

—¡Ah, sí! ¿Y cómo te sientes ahora?

—Más liberado, aunque el dolor por la ausencia de mi padre me paraliza, necesito ver a mi madre.

—¡Me alegro que hayas llegado a esa conclusión!

—Y también, a que últimamente paso más tiempo como maestro, y descuido mi parte de alumno tan esencial.

Ambos hombres se miraron con la fuerza y solemnidad que da el sentir y compartir una misma filosofía.

—¡Qué suerte tengo de estar hoy aquí! ¡Gracias de nuevo!

—¡Gracias a ti, Mario!

—¿Un último consejo para mi futuro profesional?

—¡Ahí va! ...Parafraseando a San Juan de la Cruz “Entremos más adentro en la espesura”.

—¡Bravo! O también, como tú mismo, mi maestro, has escrito: “La clave está en el desarrollo interior de cada uno y no en el exterior”.